—¡Se acabó todo!...

Y, en efecto; ¿no habia concluido toda su dicha?...

Junto á Molejean tomó el camino del pueblo. Al pasar por la calle del Mercado, vieron iluminadas las ventanas del gabinete de Carvajan, y el notario dijo:

—Su padre de Vd. vela todavia....

Delante de la luz se colocaron varias personas sin duda, y sus sombras se dibujaron fantásticas sobre las cortinillas.

—Y no está solo (añadió Pascual): Fleury y Tondeur tomaron el tren de las seis, y ellos deben ser los que le acompañan. ¿Qué intentarán ahora?

—Nada (replicó el notario). A las siete encontré á su padre de Vd. en el telégrafo esperando, como yo, noticias de Rouen. Nos saludamos sin hablarnos, pues hace ya tres semanas que nuestras relaciones se rompieron. El telegrafista, que á su vez estaba curioso por iguales razones que nosotros, iba á menudo á operar, y siempre que el timbre le llamaba para cosas indiferentes á nuestros asuntos, salia sonriendo. Pero por fin una vez entró, y le oimos gritar desde dentro: «Absuelto.» Sin preguntar más, salimos. En la plaza su padre de Vd. se detuvo; estaba muy pálido; pensé que se ponia malo, y me acerqué á él. Entonces me cogió por un brazo y con voz sorda me dijo: «Estaba seguro de que los sacaria adelante. El dia que se puso de su parte, lo consideré perdido todo. Se llama Carvajan, y tiene todo lo que yo, más la educacion que yo no recibí, y algo de su madre.»—«Es un gran corazon» (dije). Y al oirme bajó la cabeza, y añadió: «Puede que ese sea el secreto de su fuerza. Tiene ideas propias, que á otros no se les ocurren, y las expresa como nadie ¡Oh! Le conozco muy bien, y ya lo decia: Pascual nos derrotará!.. ¡Bien ha debido defender su causa! ¡El charlatan parisien, que me lleva tan caro, y el fiscal, han quedado lucidos! ¡Ah! Bien se le conoce que es un Carvajan....» Hizo un gesto de orgullo; estuvo como reflexionando unos instantes, y despues, ya enfrente de la puerta de su casa, cogiéndome por una solapa: «Molejean: ¿Quiere Vd. que hagamos las paces? Pues tráigame Vd. á mi hijo mañana temprano.» Y viendo que iba á responderle, me atajó, añadiendo: «Ni una palabra ahora. Reflexione Vd. antes... y aconséjeme bien á Pascual. Adios.» Como Vd. comprende, esto quiere decir que no piensa continuar por el camino de antes. Y ademas, áun queriendo, no conseguiria nada. ¿Está Vd. dispuesto á ceder?

—Ir á verle no me importa. Pero volver á su casa á vivir con él, no quiero. Me ha expulsado por segunda vez...

—Bien. Se lo haré presente.

En esto llegaron á casa del notario. Entraron, y la señora Molejean les salió al paso.

—¿Van Vds. á cenar?—les dijo.

—¡Vaya! Tengo hambre, y me caigo de sueño; de modo que cuando quieras... Aquí le tienes, vencedor, querida (dijo Molejean, viendo que su esposa estaba toda emocionada, sin atreverse á preguntar, por miedo obtener una respuesta negativa). Vamos al comedor...

Pascual durmió bien aquella noche. Era ya muy tarde cuando se levantó; en el jardin, en donde el invierno ya comenzaba á manifestar su próxima llegada por medio de la caida de la hoja, los gorriones se perseguian piando, y sus chillidos llegaban á la estancia del victorioso adversario de los proyectos de Carvajan.

—En Clairefont son hoy felices. ¡Qué hermosa estará la terraza en este dia tan espléndido!—murmuraba mientras se vestia.

Veia en su imaginacion á una jóven que se paseaba al sol con un hombre á su lado, como iba el pocos dias antes. Ya no estaba de luto; era dichosa; pero su felicidad expulsó al defensor, y su acompañante era Roberto ó Croix-Mesnil.

—¿No sabia de antemano que esto debia suceder? (se preguntaba entonces.) ¿Por qué me quejo, pues? No; Dios la haga venturosa, áun á trueque de mis dolores; vuelva á su espíritu la calma, y sea con esto felicísima. Yo he pagado una deuda de mi padre. Esto sólo significa mi conducta.

Bajó al jardin, se paseó en silencio por los alrededores de la fuentecilla, que murmuraba espumosa al golpe del chorro del surtidor, y serian las once cuando Molejean, apareciendo en la ventana de su estudio, le sacó de sus meditaciones, diciendo:

—Buenos dias, Pascual. ¿Quiere Vd. hacerme el favor de subir á mi despacho?

Obedeció, atravesando el estudio, entró en el pequeño gabinete de trabajo, donde se encerraba el notario cuando algun negocio de que sus oficiales y pasantes no debian enterarse lo requeria, y se encontró con su padre.

El viejo parecia otro; habia cambiado mucho en tan poco tiempo,

Molejean salió y los dejó solos.

—¡Pascual!—le dijo Carvajan, tendiéndole la mano.

El se la estrechó friamente, le hizo sentar, y quedó en pié enfrente de su padre.

—¿Quieres que echemos un velo sobre el pasado? (preguntó el alcalde, despues de un momento de duda.) Ya ves: yo, que soy el ofendido, vengo, á buscarte. Si cometí algun yerro, bien me hiciste expiarlo...

—Padre, no depende de mí el que todo se olvide. No soy yo solo quien...

—¿Acaso las gentes de allá arriba quieren aún más? Les has dado la victoria, y gozan de ella. ¿Ó es que crees que debo? ..

El viejo sonrió con extraña sonrisa, y luego dijo:

—¡Ah! si no hubiera sido porque tú les prestaste auxilio!...

Y cambiando de tono, prosiguió:

—Me figuro que te estarán muy agradecidos.

—Padre...: yo nunca procedo bien para que se me agradezca...

—¿Ni áun tratándose de Antonieta? Muy ingrata será si, despues de lo que has hecho, no te adora...

—Pienso abandonar esta tierra la semana que viene, y muy tarde, ó acaso nunca, volveré á pisar el suelo de Neuville,—dijo Pascual con rudeza.

—¿Y te dejarán partir? Aunque... ¿por qué han de retenerte? ¡Ya no te necesitan; les has salvado de la ruina y de la deshonra, sacrificándoles hasta tu fortuna!... ¡Qué más pueden exigir de tí!... Tu presencia, lejos de agradarles, les pesaria, recordando el beneficio... Siempre te querran mucho... pero desde lejos será más cómodo y más fácil que lo hagan.

—¡Padre!—dijo Pascual con disgusto.

—¿Quieres quedarte? Por tí renuncio á todas mis ambiciones. Ahora ya se sabe lo que vales, y en las elecciones próximas nadie se atreverá á ponérsete enfrente. Serás el amo de la provincia. Dominaremos, Pascual: ¿comprendes lo que te digo? Así haremos comprender á esos ingratos lo que vales, ¡Vaya! Dame la mano en prueba de que cedes á mis ruegos esta vez.

El joven movió tristemente la cabeza.

—Agradezco sus buenos deseos, padre; pero mi resolucion es firmísima. Necesito expatriarme, siquiera por algun tiempo.

—¿De modo que nada quieres conmigo?

Pascual miró fijamente á su padre, y luego exclamó:

—A ver si nos entendemos, ¿Hará Vd. lo que le pida?...

—Pide...

—Pues bien. Mi obra no está terminada. He librado á Roberto de Clairefont de la accion injusta de los tribunales pero me falta reivindicarle á los ojos de todo el mundo, que puede dudar de él, descubriendo al verdadero culpable. Ayúdeme Vd. á encontrarlo, y se apartará de mi mente un horrible pensamiento.

El viejo reflexionó unos instantes, y, abstraido, murmuró en voz alta, casi de modo que Pascual le oia:

—Tiene mi ardor, mi apasionamiento; sólo que no le inspira, como á mí, el odio. Se entrega á su amor, como yo me entregué en absoluto á mis rencores. ¿Á qué oponerle obstáculos, si los echará abajo?... Y como volviendo en sí, prosiguió ya, con objeto de ser oido:

—No puedo decirte lo que quieres saber; pero el caso es que ni Chassevent se atreve á ir de noche á poner lazos en el Gran Margal, ni Pourtois, que vive en él, es sombra de lo que fué. Allí existe un secreto, que será acaso lo que te interesa.

—Gracias, padre. Buscaré..., y tal vez encuentre lo que deseo.

Carvajan estaba para irse.

—¿No partirás ya?—le dijo.

—No, padre mio...

—Así me gusta...

Se estrecharon de nuevo las manos, y se separaron.

Las tres serian cuando Pascual llegó en busca de Roberto. En el castillo chocaba su despego, y la tia Isabel estaba furiosa.

—Me ocupaba de Vd., y la señorita de Saint-Meurice me perdonará, lo que no fué falta de gusto en verles, —dijo Pascual para disculparse.

Partieron juntos. Era un dia de otoño; las hayas del camino habian tomado amarillentos tintes, que hacian resaltar más el verde oscuro de los pinos. El aire era tibio, y las alondras cantaban en los barbechos. Siguieron la senda en donde Pascual oyó silbar la bala de Chassevent, y al pasar le enseñó á su amigo el lugar preciso del lance, en el cual aún se veia le rama partida que recibió el balazo.

—¡Suerte fué que no tirase con postas, porque le hubiera alcanzado á Vd.!... ¿Y dónde estaria yo á estas horas?...

A cien pasos de aquel sitio, Roberto se paró y señalando al suelo, dijo:

—¡Calla! ¿Pasan por aquí las reses de noche?

Pascual se inclinó para reconocer el rastro del animal, impreso en el barro seco, y sólo descubrió una huella ancha y confusa.

—No busque Vd. (añadió Roberto). Están rotas las ramas bajas de los árboles. ¡Se conoce que son ciervos!... Si quiere Vd., vendremos á darles las buenas noches una de estas...

Pascual guardó silencio, y hasta llegar al castillo, sólo pronunció algun que otro monosílabo.

No hallando á nadie en el salon, bajaron á la terraza, y allí encontraron reunida á la familia.

Sobre ámplia butaca rústica, el marqués oia la lectura de un periódico de lábios de su hija, y junto á ellos la tia Isabel, más roja que nunca, hacia su eterna labor de *crochet*. Por primera vez, despues de largo tiempo, se repetia aquella escena tan hermosa. Ya no huian unos de otros los moradores de Clairefont para ocultar el llanto; ya podian mirarse sonriendo, sin esconder tras la sonrisa algun hondo pesar. Hasta Fox parecia mas alegre, y salió ladrando de gozo al encuentro de Pascual y de Roberto.

—¡Gracias á Dios que logramos atrapar á mi compañero de destierro! (exclamó al verlos la tia Isabel; y apoyándole las manos en los hombros del abogado, le besó en las dos mejillas, exclamando luego:) ¡Son caricias de labios viejos que valen poco! ¿Eh? ¡Pues encierran tanto cariño como si tuviera veinte años en vez de... qué se yo cuantos! ¡Ay, hijo mio! ¡Qué á gusto se está sin peso en el alma!...

Pascual se inclinó ceremoniosamente delante de Antonieta; buscaba á Croix-Mesnil cerca de ella, y supo con cierta alegría que habia partido á Evreux, llamado por sus obligaciones. El marqués le colmaba de frases cariñosas; su salud avanzaba en el trabajo de la convalecencia, y habia ya recobrado la plenitud de sus facultades intelectuales, aunque conservaba una gran indolencia, que le tenia imposibilitado para ocuparse en nada que requiriese fijar la atencion. Ya no se ocupaba de sus inventos; el laboratorio permanecia solitario, y él mismo contaba todo esto alegremente.

—En fin (concluyó). He resuelto no trabajar más. Creo que es la mejor manera de reconstituir mi fortuna.

Se levantó al acabar su discurso; se apoyó en el brazo de Pascual con franqueza y cariño, y trayéndole hacia el parque, le dijo.

—Tenemos que arreglar nuestras cuentas; somos dos socios que deben entenderse como padre é hijo. Pero eso se queda para Molejean... Hablar de dinero con Vd. me repugna.

—Le prometo á Vd. ocuparme muy sériamente de ello. Y puesto que Vd. me autoriza, verá cómo marcha el asunto. Creo que la explotacion del Gran Margal merece mucho tiento. Bien dirigido, es un negocio soberbio, y me encargo de encontrar un ingeniero que se pongo al frente de él.

El jóven desarrolló sus opiniones sobre aquella industria con tal acierto, que entusiasmó al marqués. Le miraba gozoso, y cuando volvieron junto á Antonieta é Isabel, aprovechó un instante en que Roberto estaba lejos con Pascual, y dijo:

—He hablado con Carvajan de industria, y me ha admirado. Verdaderamente es un mozo que promete, y...

—¿Ahora te das cuenta de ello? (interrumpió impetuosa la tia Isabel.) Yo, que he vivido con él como una madre con su hijo, aseguro que en el mundo no hay tres como él. ¡Es un águila en todo y por todo!... ¿Tú, que te creias?...

Antonieta, que bordaba en silencio, no le interrumpió; pero sus dedos temblaban al meter y sacar la aguja. Pascual se quedó á comer en Clairefont; estuvo muy reservado, y serian las diez cuando se retiró. Roberto se dispuso á acompañarle hasta la puertecilla del parque, y al pasar junto á su tia, ésta le atrajo, y besándole, preguntó:

—¿Qué tiene Pascual? Está muy preocupado: ¡no se le saca una palabra ni con garfios!... ¿No lo has notado, Antonieta?

—¡No, tia!... Será aprension.

—Hija, pareces boba.

La noche estaba oscurísima. Roberto pidió á Bernardo una linterna, y éste, despues de vacilar un momento, le dijo:

—Si el señorito quisiera le acompañaria. Una vez cerrada la noche, no conviene pasear por las inmediaciones del Gran Margal.

—¿Por qué?

—Despues de la desgracia, los bosquecillos que rodean al monte están como quien dice encantados... Por la noche suceden cosas muy extrañas...

—¡Bah! ¡Viejo chocho! ¡Pero cómo, Bernardo! ¿Esas tenemos? ¿Ahora tú me vienes con cuentos de brujas?...

Tomó la linterna, y partió con su amigo. Bajaron por la cuesta del parque, y llegaron á la puertecilla. El jóven Clairefont descorrió los cerrojos, y se disponia á seguir hasta Neuville; pero Pascual se opuso á ello.

—Voy por el camino real... No se moleste Vd. en acompañarme, porque me atreveria á recorrerle con los ojos vendados.

Despues de hacerse las más francas protestas de amistad, se separaron, y Pascual, en vez de seguir por la carretera en direccion al pueblo, torció hácia la taberna de Pourtois. La casa estaba ya cerrada, sus alrededores sombrios y solitarios, y por las rendijas de la puerta se filtraba algun rayo de luz. El jóven ganó el sendero del Gran Margal, y apagando en lo posible el ruido de sus pasos, le recorrió hasta cerca de Couvrechamps. Iba andando con tiento, mirando á todas partes con profunda atencion, como si se propusiera descubrir á alguien oculto en las sombras. Llevaba, por toda defensa, su baston de *palo de hierro;*

pero acostumbrado á semejantes excursiones durante sus viajes, ningun temor abrigaba.

Al llegar á lo alto se detuvo; era precisamente el sitio en el cual Roberto observó las huellas que atribuyó á la caza; siguió la especie de sendero que formaban entre la maleza, y como quince ó veinte pasos mas adelante, torció á un lado y se emboscó detrás de un enebro bastante grande para ocultarle á la vista de los que discurriesen por la senda tortuosa.

Las estrellas fulguraban en el cielo sin una nube. La luna, como un enorme disco de cobre, se alzaba sobre el horizonte por entre las ramas bajas de los pinos, y poco faltaba para que esclareciese el bosque con sus resplandores pálidos y melancólicos. En el desierto valle, ese vago rumor que sólo se observa en los lugares poblados de árboles, fantástico de suyo, y que excita á meditar, interrumpia el silencio de la naturaleza adormecida; la vida nocturna con sus ruidos diversos lo invadia todo. Pascual se sentó en el suelo, y se entregó á sus pensamientos.

La velada que habia pasado en Clairefont se reprodujo en su memoria, primero en conjunto, y por fin distinta hasta en sus más nimios detalles. Ni una sola vez le dirigió la palabra Antonieta; estuvo tal cual era antes de ocurrir los incidentes que establecieron cierta íntima comunidad de miras entre ellos; fria como el hielo y altiva como una reina.

Cuando creia que era dueño de su confianza y de su amistad, la veia indiferente alejarse de él. ¿Era que en su corazon no habia nada para nadie? Sin embargo, el dia de la vista, la contempló emocionada hasta lo infinito, y antes de ésta en sus ojos se leia el dolor, y el llanto mojaba sus mejillas. En aquellos momentos si penetró en su alma, fué dueño de ella, porque la hí-

zo sentir. Pero la impresion no duró más que un fugitivo meteoro; de tan dulce posesion no le quedaba ni un átomo.

¡Ah! ¡Cuán feliz le hubiera hecho una sola frase de gratitud, sólo de gratitud! En su honda pena, aquella prueba de interés le hubiera consolado mucho.

El reloj de Clairefont dió las doce; la luna, ya en el cenit, difundia por doquier sus melancólicos resplandores.

—¿Hasta qué hora debo esperar? (pensó el jóven.) Estoy como Horacio, espiando al espectro del rey en la explanada de Elseneur. Si mi padre no me engañó, ¿á quién voy á ver? Y si alguien viene, ¿pasará por aquí?

Un secreto presentimiento le decia que habia elegido lugar á propósito. Estuvo observando un rato á dos liebres que saltaban y corrian jugando en el sendero, en tanto que sobre el cerro de Clairefont un zorro gañía, persiguiendo un conejo, para prevenir á su compañera emboscada entre los matorrales. Poco antes de la una comenzó á impacientarse, y ya se disponia á abandonar la empresa por aquella noche, para tornar á su observatorio la siguiente, cuando, despues de una brusca detencion en sus jugueteos, las dos liebres enderezaron las orejas, y dieron á correr hácia el bosque. Entonces escuchó en lo alto del sendero pasos de un hombre que se acercaba. Se estremeció, apretó los dientes, empuñó en la diestra el baston, y esperó. El ruido se hizo del todo distinto; era el andar de una persona que no teme ser oida. Sobre el fondo blanco de la cuesta del Gran Margal se destacaba la figura de un hombre, con el traje en desórden y la cabeza al aire, y Pascual reconoció en él á Roussot. Con los ojos abiertos, fijos en un punto, y andando como un autómata, cual si un iman desconocido le atrajera, pasó, y se perdió entre los árboles. Pascual le siguió, sin que al parecer el pastor notase que era objeto de aquel espionaje. Andaba erguido, sin precipitarse, pero tambien sin detenerse, como una máquina.

Al llegar al pozo en donde fué hallada Rosa por Chassevent y Pourtois, se detuvo. Su rostro tomó una expresion desesperada; retorciéndose las manos, rompió á llorar con sollozos desgarradores, y prosiguió su camino hácia Couvrechamps. Seguido por Pascual, llegó al cementerio del pueblo. Con la agilidad de un mono, saltó el idiota la tápia, y acercándose á una tumba coronada por una cruz de madera, se arrodilló y renovó su llanto. Besando la piedra con doloridos ademanes, presa de horrible desesperacion, gemia, y su lengua murmuraba torpemente:

—¡Perdon, Rosa! ¡Perdóname!...

Era un espectáculo aterrador ver al idiota llamando á la muerta entre sollozos de arrepentimiento y de amor.

Largo espacio estuvo así; por fin besó de nuevo la losa, y se fué como habia venido. Pegado al muro quedó Pascual, y pensativo permaneció en el lúgubre sitio, lugar de tan extraños sucesos, hasta bien cerca de las tres de la madrugada. El velo se habia desgarrado súbitamente; conocia al culpable. En un momento reconstruyó la escena del asesinato. ¿Cómo no lo adivinó en tiempo oportuno? Recordó al insensato jugando con Rosa con amenazadora alegría; en el corazon de aquel sér idiota ardia un deseo brutal, y el afan de satisfacerle. Con la bestialidad de una fiera, el pastor pretendia saciarle, y al ver que se le resistia la jóven, la arrebató como una presa, y sorprendido sú-

bitamente por Chassevent y Pourtois, huyó; quiso acallar los gritos de la víctima, y su amor resultó mortífero. Al presente, el infeliz pasaba la vida recordándola en medio de crueles torturas, y las noches buscándola en los horrores de su especie de sonambulismo.

El problema estaba resuelto; el crimen podia probarse muy fácilmente, con sólo que se repitiera otra escena como la que acababa él de presenciar. Pero ¿se repetiria todos los dias? ¿Aquella peregrinacion del crímen era diaria?

Por dos veces volvió Pascual á su observatorio, y otras tantas volvió á suceder lo de la noche primera. El sonámbulo llegaba, atravesaba el arenal, se detenia en el horno, y paraba en el cementerio. Presa de la misma pesadilla, repetia lo mismo diariamente. Convencido de esto Pascual, resolvió aprovechar la oportunidad. Sin dará nadie cuenta de sus descubrimientos, se avistó con el comisario Jousselin, le rogó que le acompañase á casa del procurador de la república, y allí les contó lo que sabia, pidiendo en nombre de la justicia que lo presenciaran, para poner las cosas en su preciso lugar, certificando aquella prueba definitiva.

—Estoy á la disposicion de Vd. (le dijo el magistrado), y voy á disponer lo necesario para asegurar los resultados de nuestra empresa. ¿El señor de Clairefont era, pues, víctima de un error? Francamente: creíamos todos que Vd. inventó un criminal imaginario, y aplaudíamos la victoria de su gran talento. Pero, dada la inocencia de su cliente de Vd., nosotros tenemos el deber de certificarla, porque la magistratura en Francia obra siempre de buena fé, y no desea más que esclarecer la verdad.

—Si quiere Vd., nos reuniremos esta noche á las once en la puertecilla del parque de Clairefont, y el señor Jousselin apostará su gente en la capilla del cementerio, porque aunque estoy seguro de que Roussot, en su estado de sonambulismo, no ve ni oye, no estará de más que tomemos todo género de precauciones.

—Hasta la noche, pues,—dijo el procurador.

A las cinco, Pascual llegó á Clairefont. No se le esperaba, y fué recibido con extremadas muestras de alegria de parte de la tia de Isabel y de Roberto. El marqués tambien le hizo tan buena acogida como de costumbre; pero Antonieta no se mostró más comunicativa que otros dias. Hacia algunos dias que su carácter habia cambiado. Ella, que antes era la alegria de la casa, estaba de ordinario triste, pasaba á veces horas enteras absorta en profundas meditaciones; y si algo la sacaba de ellas, era siempre despues de un estremecimiento y de una mirada vaga, como si despertase de un profundo sueño. Buena y cariñosa como siempre, la preocupaba una circunstancia indiferente al parecer: Croix-Mesnil, con licencia por ocho dias, se habia instalado en el castillo; la acompañaba en sus paseos, y hablaba á todas horas de Pascual y del proceso, deshaciéndose en elogios excesivos como quien se propone que se le contradiga. Pero la jóven, por el contrario deseo sin duda, rehuia la conversacion, y evitaba discutir.

Aquel dia, en el momento de llegar Pascual, Antonieta se volvió á su antiguo prometido, y con acento casi ágrio, exclamó:

—Ya tiene Vd. ahí á su amigo...

Croix-Mesnil palideció; pero sin desconcertarse, repuso:

—Por tal le tengo. Yo quiero á todas las personas que les quieren á Vds.

Antonieta, á su vez, alzó la cabeza, y añadió, lanzando una mirada indefinible, que hizo bajar los ojos al capitan:

—Si sus palabras de Vd. fueran sinceras, seria Vd. el hombre menos amante ó el más generoso.

Y saliendo al encuentro del defensor de su hermano, no pudo observar la nube de tristeza que oscureció la fisonomía de Croix-Mesnil.

Pascual estaba contentísimo, y lo demostró durante la comida y la velada. El, de ordinario tan sério y taciturno, encantó con su verbosidad y su talento. Era otro Pascual, á quien no conocian.

La tia Isabel le escuchaba con la boca abierta; entre él y Roberto estaba radiante de gozo, tanto, que no pudo contenerse, y exclamó:

—¿Pero Vds. conocen hombre más simpático? A mí, francamente, me ha *embrujado*...

A las diez y media, á pesar de las reiteradas instancias de la señorita de Saint-Meurice, Pascual se dispuso á partir, y rogó á Roberto que le acompañase.

—Sólo que hoy ha de ser á oscuras. Si damos algun tropezon, ¡qué remedio! nos levantaremos.

Los dos amigos se alejaron por el parque; llegaron á la puertecilla, y salieron al camino. Un bulto se destacó de la tapia, y avanzando hácia ellos, dijo:

—¿Es Vd., Mr. Carvajan?

—Si, señor procurador, y Mr. de Clairefont me acompaña tambien.

—¿Pero de qué se trata? (dijo Roberto, no sin cierto sobresalto).

—De rehabilitarle á Vd. por completo (repuso el magistrado). Y crea Vd. que me causará una verdadera alegría poder hacerlo de la manera más completa.

—Ahora, señores, mucho silencio...—interrumpió Pascual.

Y guiando á sus dos acompañantes, ganaron el sendero del Gran Margal.

Desde las diez estaban en el cementerio Jousselin y los agentes; él, detrás de la tapia, por la parte de afuera, entre unas matas, y los otros dentro de la cerca y de la capilla. En el llano y en el bosque reinaba profundo silencio. Como la noche primera de observacion, estaba claro el cielo, la luna en su lleno iluminaba aún mejor la tierra, arrancaba azulados destellos de las pizarras del tejado del campanario, y era tan clara, que podian leerse las inscripciones de las sepulturas. Hacia ya frio, y el comisario sufria el hielo con esa resignacion patrimonio de las personas cuyo oficio es perseguir criminales. Comenzaba á inquietarse: ¡si no iria aquella noche el pastor! la causa de Roberto siempre le fué simpática, y desde que le vió delante del lecho de Rosa, rezando, el dia de la confrotacion, adquirió la conviccion de que era inocente, y deseaba verle á salvo de las dudas que abrigaban aún algunos, más testarudos todavía que sus mismos acusadores.

Resonó un ligerísimo silbido, que era la señal convenida con el agente que vigilaba el camino de Couvrechamps para indicar que alguien se acercaba.

A poco llegó á sus oidos rumor de pasos, y despues el roce de un cuerpo contra la arcilla que recubria el caballete de la tapia; entonces Roussot apareció sobre ella, iluminado de lleno por los rayos de la luna. Tenia los ojos abiertos, y parecia mirar al cementerio. Se dejó caer, y con andar rápido tomó por uno de los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

paseos bordeado de tumbas en direccion á la de Rosa, como otras noches. La escena misma que presenció Pascual se repitió á la vista del procurador, el comisario y los agentes. Arrodillado, besó la fria losa, lloró con angustiados sollozos, y de nuevo repitió: «¡Oh, Rosa! ¡Perdóname, Rosa!...» Y con un esfuerzo convulsivo, arrancó la cruz de madera.

Los espectadores de aquel cuadro, que tenia algo terriblemente fatídico, adelantaron; pero el idiota no lo notaba; seguia llorando sin consuelo. A una seña del procurador de la república, el comisario tocó un hombro al infeliz Roussot; éste alzó la cabeza, después se irguió, se pasó las manos por la cara, como quién despierta, miró en torno suyo con espantados ojos, lanzó una especie de aullido gutural, inarticulado, y de un salto se precipitó al muro. Al ver á un agente á horcajadas sobre la tapia, retrocedió, buscando otra salida, y viéndose cercado, se precipitó en la capilla:

—¡Ahí va!.... ¡Detenedle!—gritó Jousselin á los agentes.

Se percibia el ruido que producian éstos persiguiendo al fugitivo, mezclado con gruñidos semejantes á los de una fiera.

Uno de los polizontes salió corriendo, y dijo:

—Huye por la escalera del campanario....

A la luz de la luna apareció el idiota en una de las ojivas, junto á las campanas; escuchó atento los pasos del agente que le habia seguido; avanzando un paso, midió con la vista la distancia que habia hasta el suelo, y se abalanzó con los cabellos erizados, lívido de espanto.

El agente le alcanzaba; hizo un supremo esfuerzo, y trepando con la agilidad de un gorila por uno de los

pilares que sostenian el tejadillo, se encaramó en él, y se mantuvo un instante en equilibrio sobre la estrecha cornisa; un vértigo le hizo perderle, y como atraido por el vacio, cayó de cabeza, lanzando una carcajada.

Roberto, Pascual y el magistrado, no tuvieron tiempo de apartarse, y el cuerpo de Roussot se detuvo con ruido sordo, casi entre ellos, sobre la misma tumba de Rosa, regándola con su sangre, como poco antes la regaba con su llanto.